

Año XI

27 de enero de 2001

"SI NO QUIEREN
SABER LA
VERDAD, QUE NO
ME BUSQUEN"
Santa Teresita



el Semanario de Berazategui

Versión
Digital

SITIO WEB:
www.santuario.com.ar

Suscripción gratuita
por e-mail a:

semanario@santuario.com.ar

Editado

Número 480

TERCER MILENIO

Publicación
gratuita

por: **FUNDACION MISERICORDIA DIVINA** Asociación de laicos católicos
Casilla de Correo N° 7 - B1880WAA - Berazategui - Argentina

Pocas veces solemos detener nuestros pensamientos en la última hora de nuestra vida. La idea de la muerte nos asusta e inquieta y, sin embargo, es lo único que sabemos con seguridad: tenemos que morir. Esta verdad innegable debería movernos a vivir de otra manera, en calidad e intensidad, tratando de que todos nuestros actos sean, en ese momento final de nuestro tiempo en la tierra, motivo de tranquilidad y gozo. Si la oración y la Misa dominical forman ya parte de nuestro calendario habitual, nuestros pasos se encaminan con seguridad hacia un final feliz de nuestra existencia, con el alma limpia a través de una confesión frecuente y podemos tener la esperanza de un hermoso encuentro con el Señor, en el que la Muerte no sea más que una puerta a través de la cual pasaremos a una vida mejor, esperando allí a nuestros seres queridos para unirnos a ellos total y definitivamente en el Reino Celestial. Si aún no es así, incorporemos a nuestros días estos encuentros con nuestro Dios para rectificar nuestro camino y marchar hacia Él como hijos fieles. En nuestras manos está recordar estos concejos para que, llegada la hora final, nuestra existencia se apague como la de aquel piadoso hombre cuya historia real contamos a continuación.

Era una tarde de otoño lloviznosa y fría, y yo estaba sentado en un corredor junto al jardín, rodeado de mis juguetes, que en aquella edad y aquellos momentos eran mi única ambición, mi felicidad, mi todo. «Ven conmigo», me dijo, acercándose a mí una hermana de mi padre. «Déjeme jugar», le respondí; pero ella, sin decir nada, me tomó en sus brazos. Yo noté en su voz que había un acento extraño y vi que estaba muy pálida y que tenía lágrimas en los ojos. Yo no podía comprender qué era aquello; pero ella me conducía a toda prisa, no atendía a mis preguntas. Entramos en el aposento de mi madre: todo estaba cerrado y apenas penetraban algunos rayos de luz por un postigo entreabierto. Había muchas personas allí, pero reinaba un silencio tan profundo como en una iglesia.

En un extremo del aposento estaba la cama de donde mi padre no se levantaba hacía mucho tiempo; apenas se podía distinguir el bulto de su cuerpo bajo las blancas y delgadas sábanas que lo cubrían; tenía su hermosa cabeza reclinada hacia atrás sobre



altas y muelles almohadas; y me pareció más pálido y más triste que nunca. Mi madre estaba de pie, junto a la cabecera del lecho; de cuando en cuando dirigía palabras cariñosas a mi padre, pero él no hablaba: respondía sólo con las miradas de sus grandes y bellos ojos que podían decirlo todo. Cada una de mis dos hermanas estaba a un lado de la cama y tenía entre sus manos una de mi padre. Ellas no querían llorar; pero las lágrimas se les saltaban de los ojos. Cuando entré en el aposento, mi padre me vio e hizo un esfuerzo para levantar la cabeza, pero luego la dejó caer pesadamente sobre la almohada; y extendiendo un brazo me llamó hacia él. Mi tía me acercó a su lado. Entonces mi padre fijó en mí su mirada: sus ojos brillaban más que nunca y me pareció que estaba alegre, porque se sonrió dulcemente. Luego puso una mano sobre mi cabeza: hizo un poderoso esfuerzo para hablar (me acuerdo como si fuera ahora), dijo: «Dios te haga bueno y te bendiga»... Pero no pudo continuar: apartó de mi cabeza su mano y levantándola en alto, hizo tres veces la señal de la cruz, volviendo sus ojos cada vez hacia uno de sus tres hijos. Después estrechó una mano de mi madre entre las suyas; derramó dos lágrimas, que eran las que le quedaban, quizá. Luego su mirada quedó seca e inmóvil y se puso aún más pálido. Los amigos separaron del lecho y sacaron del aposento a mi madre y mis hermanas; pero me dejaron olvidado. En seguida vi entrar un hombre, a quien acostumbrábamos llamar «padre» también: era el sacerdote de la familia. Se adelantó hacia la cama de mi padre; puso en su mano un cirio encendido, comenzó a recitar con voz solemne palabras que me eran desconocidas; pero pude comprenderle una vez que dijo: «Hijo mío, Dios te llama y tú vas donde está Él». «Sí», respondió mi padre, dio un suspiro sin esfuerzo ninguno y cerró los ojos. El sacerdote se arrodilló por un momento; luego se levantó y al salir del aposento reparó en mí y me llevó fuera.

¡Ya era huérfano! Y sin embargo, pocos momentos después volví a sentarme en el corredor junto al jardín, rodeado de mis juguetes y contento. ¡Qué feliz es un niño! Han pasado muchos años, pero mi consuelo en los borrascosos días de la desgracia es la fe que tengo en que Dios oirá la última bendición de mi padre.



PRESENTANDO BATALLA

Muchos de nosotros recordamos cómo antes de la reforma litúrgica debida al Concilio Vaticano II, el celebrante y los fieles se ponían de rodillas al final de la misa para recitar una oración a la Virgen y otra a san Miguel Arcángel. Traemos el texto de esta última porque es una bella oración que puede ser recitada por todos con fruto: *“San Miguel Arcángel, defiéndenos en la batalla; sé nuestro amparo contra la perversidad y asechanzas del Demonio. Reprímalo Dios, pedimos suplicantes. Y tú, oh Príncipe de la milicia celestial, arroja al Infierno con el divino poder a Satanás y a los demás espíritus malignos que andan dispersos por el mundo para la perdición de las almas. Amén”*.

¿Cómo nació esta oración? Transcribo lo que publicó la revista *Ephemerides Liturgicae* en 1955, pp. 58-59.

El Padre Domenico Pechenino escribe: No recuerdo el año exacto. Una mañana el gran pontífice León XIII había celebrado la misa y estaba asistiendo a otra, de acción de gracias, como de costumbre. En determinado momento lo vieron girar enérgicamente la cabeza y luego fijar la vista intensamente en algo por encima de la cabeza del celebrante. Miraba fijamente sin mover los párpados, con una expresión de terror y de admiración, cambiando de color y expresión. Algo extraño, grande, le estaba sucediendo. Finalmente, como volviendo en sí, dando un ligero pero enérgico manotazo, se levanta. Lo vieron dirigirse a su estudio privado. Los familiares lo siguieron con premura y ansiedad. Le dijeron en voz baja: *“Santo Padre, ¿no se siente bien? ¿Necesita algo?”* Respondió: *“Nada, nada”*. Después de una media hora llamó al secretario de la Congregación de ritos y le entregó un oficio, le ordenó imprimirlo y enviarlo a todos los obispos del mundo. ¿Qué contenía? La oración que recitamos con el pueblo al final de la misa, con la súplica a María y la ardiente invocación al príncipe de las milicias celestiales, implorando a Dios que arroje a Satanás en el infierno.

En aquel escrito se ordenaba también recitar estas oraciones de rodillas. Todo lo dicho arriba, que había sido publicado también en el diario *La Settimana del Clero*, el 30 de marzo de 1947, no cita las fuentes de donde se tomó la noticia. Pero resulta insólito el modo como se ordenó recitar esta oración que se envió a los obispos en 1886. En confirmación de lo escrito por el Padre Pechenino tenemos el autorizado testimonio del cardenal Nasalli Rocca, quien, en su Carta pastoral para la Cuaresma, emanada en Bolonia en 1946, escribe: *«León*

XIII escribió él mismo aquella oración. La frase (los demonios) que merodean por el mundo para perdición de las almas tiene una explicación histórica, que muchas veces nos refirió su secretario particular, Monseñor Rinaldo Angeli. León tuvo realmente la visión de los espíritus infernales que se arremolinaban sobre la ciudad eterna (Roma); y de aquella experiencia vino la oración que ordenó recitar en toda la Iglesia. Esta oración la recitaba él con voz vibrante y potente: la oímos muchas veces en la basílica vaticana. No sólo esto, sino que escribió de su propia mano un exorcismo especial contenido en el Ritual romano (edición 1954, tít. XII, c. III, p. 863ss.). Estos exorcismos los recomendaba él a los obispos y a los sacerdotes para que los recitaran con frecuencia en sus diócesis y parroquias. Él los recitaba con mucha frecuencia durante todo el día». Es igualmente interesante tener en cuenta otro hecho que enriquece aún más el valor de aquellas preces que se recitaban después de cada misa. Pío XI quiso que al recitar estas oraciones se tuviera una particular intención por Rusia (alocución del 30 de junio de 1930). En esa alocución, después de haber recordado las oraciones por Rusia a que había invitado también a todos los fieles con ocasión de la fiesta del Patriarca San José (19 de marzo de 1930), y después de haber recordado la persecución religiosa en Rusia, concluyó así:

«Y para que todos puedan sin cansancio e incomodidad continuar en esta santa cruzada, establecemos que las preces que nuestro antecesor de feliz memoria, León XIII, ordenó que sacerdotes y fieles recitaran después de la misa, se digan por esta particular intención, a saber, por Rusia. De lo cual los obispos y el clero secular y regular cuiden de mantener informados a su pueblo y a cuantos estén presentes en el santo sacrificio y no dejen de estárselo recordando con frecuencia» (*«Civilita Cattolica»*, 1930, Vol. III).

Como se ve, la tremenda presencia de Satanás ha sido tenida en cuenta con mucha claridad por parte de los Pontífices y la intención añadida por Pío XI tocaba el centro de las falsas doctrinas diseminadas en nuestro siglo y que siguen envenenando la vida de los pueblos y de los teólogos mismos. Si las disposiciones de Pío XI no han sido observadas, es por culpa de aquellos a quienes se habían confiado; ciertamente se integraban bien con los acontecimientos que el Señor había dado a la humanidad a través de las apariciones de Fátima, aunque fueron independientes de ellas: Fátima era todavía desconocida en el mundo. (*Narraciones de un exorcista*. Padre Gabriel Amorth).

Recuperemos entonces la costumbre de no retirarnos del templo sin rezar, de rodillas, la oración a San Miguel Arcángel y estaremos presentando batalla al Demonio y sus seguidores, dentro y fuera de la Iglesia, para mayor gloria de Dios y salvación de muchas almas.

VISITE NUESTRO SITIO WEB EN:
www.santuario.com.ar

EL ÁNGEL DE LA MUERTE

Mis primeros abortos como médico interno residente no me causaron ningún trastorno emocional. Pensaba que estaba ayudando a una paciente a resolver un grave problema. El feto no era más que un "tejido" no deseado. A pesar de que a veces me inquietaba hacer abortos durante el segundo trimestre del embarazo, superaba fácilmente mis escrúpulos con las ideas de los "derechos de la mujer" y la "libertad de elección". La mayoría de la gente que yo apreciaba pensaba que la práctica del aborto debería haberse incluido en la Declaración de Derechos. Mi descontento empezó después de muchos cientos de abortos. Decidí no hacer más abortos dentro del segundo trimestre cuando comencé el ejercicio privado. Extraer un feto, "pieza a pieza", me quitaba el sueño. Pero en mi trabajo como ginecólogo en un hospital universitario podía ver muchas prescripciones de abortos tempranos. El embarazo no deseado es, con mucho, el problema quirúrgico más común entre las mujeres jóvenes. Sentía gran simpatía por esas mujeres, que con frecuencia habían sido abandonadas por sus amigos o tenían miedo de que ellos supieran que estaban embarazadas. Traté con esmero a esas pacientes y su gratitud me dio muchas satisfacciones. Pero, desgraciadamente, las satisfacciones se acabaron. La depresión se cernía sobre los días en que tenía previsto un aborto. Después de administrar la anestesia local, mi pulso se aceleraba. Aunque todavía me daban lástima las estudiantes solteras de veinte años, sentía una indignación creciente hacia las parejas de casados que pedían abortos porque era inminente su incorporación a una oficina de abogados, estaba sin terminar la remodelación de su casa, o incluso porque ya habían comprado los pasajes para irse de veraneo. En medio de reuniones sociales empecé a sufrir ataques de ansiedad, con náuseas, palpitaciones y vértigo. Al estar en público me sentía en un juicio, o quizá pensaba que deberían haberme llevado ante el juez. Ya no estaba orgulloso de ser cirujano. Cuando volvía del trabajo y abrazaba a mis hijos, me sentía indigno de que Dios me hubiera bendecido con sus caras sonrientes. La ceremonia del afeitado matinal se convirtió en una dura prueba, pues al mirar fijamente la triste cara del espejo me preguntaba cómo todos aquellos premios y diplomas habían podido fabricar un "ángel de la muerte".

Al comienzo de mi ejercicio profesional, una pareja de casados vino y me pidió que les practicara un aborto. Como el cuello uterino de la paciente estaba rígido, no pude dilatarlo para llevar a cabo la operación. Le dije que volviera al cabo de una semana, pasada la cual el cuello uterino estaría más blando. La pareja volvió y me dijo que había cambiado de opinión. Les asistí en el nacimiento de su hijo siete meses después. Años más tarde, pude jugar con el pequeño Jeffrey en la piscina del club de tenis del que sus padres y yo éramos miembros.

Era un niño precioso y feliz. Yo estaba horrorizado al pensar que tan sólo un obstáculo técnico me impidió terminar con su vida en formación. La conexión entre un embrión humano y un niño sonriente dejó de ser una abstracción para mí. Todas las mañanas, cuando abrazaba a mis hijos, empezaba a pensar en el aspirador que usaría dos horas después. Era una tensión emocional que no podía aguantar. Tampoco podía vivir con el conflicto entre la ley judía y mi práctica médica. El judaísmo ha llegado a ser la lente a través de la cual veo el mundo. Los mandamientos de Dios guiaban mi comportamiento. Pero como judío practicante, mi deseo de cumplir la Ley era absurdo mientras llevara a cabo abortos voluntarios, que eran una clara transgresión. (...) Me rebelo cuando veo con qué ligereza optan por el aborto algunas parejas: por la conveniencia de tener un bebé en junio en vez de en febrero, por ejemplo. No creo que una sociedad civilizada deba favorecer esto. La realidad de la «libertad de elección» tiene profundos costos morales y espirituales. La idea de unos «costos morales y espirituales» puede parecerle a algunos irrelevante o quimérica. Para mí es tan sólida como una roca. En cuanto a los abortos dentro del segundo trimestre, pienso que deberían ser ilegales. Entiendo que para algunas mujeres esto sería una carga terrible. Unas tendrían que sobrellevar embarazos intensamente rechazados; otras abortarían clandestinamente; las que pudieran permitirse irían a abortar al extranjero. **Pero creo que descuartizar un feto desarrollado, trozo a trozo, simplemente porque la madre quiere, es un acto de depravación que la sociedad no debe tolerar.** No nos podemos permitir semejante devaluación de la vida humana, ni la insensibilización del personal médico que eso supone. Esto no se basa en lo que el feto pueda sentir, sino en lo que deberíamos sentir nosotros al ver cómo se destroza a un ser humano parcialmente formado. Me gustaría que todo el mundo pudiera asistir a un aborto durante el segundo trimestre antes de formarse una opinión al respecto.

PARA RECORDAR ESTA SEMANA

ENERO

- S. 27** Santa Ángela de Mérici.
- D. 28** Santo Tomás de Aquino.
- L. 29** San Pedro Nolasco.
- M. 30** Santas Martina y Sabina.
- Mi. 31** San Juan Bosco.

FEBRERO

- J. 1º** San Ignacio de Antioquía.
- V. 2** **NUESTRA SEÑORA DE LA CANDELARIA.**
PRESENTACIÓN DE JESÚS EN EL TEMPLO. ABSTINENCIA.

Vida de Fray Mamerto Esquiú



En este estado recibió carta de su amigo, el padre Girardengo, que le comunicaba que su renuncia a la terna para elegir arzobispo había sido aceptada y el cargo había recaído en Monseñor Aneiros. Sus tribulaciones parecían haber concluido, pero una vez más altas personalidades llegaron a enterarse de su

identidad y deseaban visitarlo, hablar con él, consultarlo.

Tuvo que partir entonces a Lima, donde pasó tres meses y tres días en el convento de los Padres Descalzos y luego se encaminó a Tarija.

CONTINUARÁ

ESPECIAL PARA CATEQUISTAS

209

... Y CRISTIANOS DE BUENA VOLUNTAD

LA FAMILIA CATÓLICA

Educación de los hijos

La vigilancia sobre los hijos debe abarcar en primer lugar la propia persona del hijo. En este aspecto se tendrá en cuenta el entendimiento, para que siempre se rija y decida por criterios morales, sociales y religiosos sanos. Para ello es indispensable poner a su alcance buenos libros, compañías adecuadas, disertaciones y charlas sobre temas actuales que comprendan el punto de vista moral y religioso adecuado aunque se enfrente a la moda, al que dirán o al parecer general: aborto, divorcio, homosexualidad, etc.

Se deberá además entrenar su voluntad, para que no ceda ante el mal o se deje arrastrar por las pasiones, sino que se interrogue a sí mismo sobre el bien y el mal

de cada forma de proceder. Que su ley no sea lo que todos hacen o si le agrada o no tal o cual actitud, sino entender si es bueno o malo según la moral aprendida en el hogar y que sepa resistir sin ceder cuando se atenta contra sus principios, sin temor a ser diferente al resto de sus amistades.

La tarea de los padres se debe ejercer también supervisando las relaciones de los hijos con los demás. En primer lugar entre hermanos. El trato familiar pero amoroso, sin permitir excesos ni aprovechamientos. Buscar que se ayuden mutuamente a ser buenos y defenderse contra el mal.

En la relación con los parientes, saber colocar a cada uno en su lugar, especialmente aquellos que con su vida no dan ejemplo de lo que en el hogar se predica. Pueden ser tan peligrosas las relaciones con un pariente de vida mala que con un mal compañero de la calle. ¡Cuidado, padres!

CONTINUARÁ

Si Usted está triste, deprimido, angustiado por sus problemas, no lo dude...

Visite el "SANTUARIO DE JESÚS MISERICORDIOSO" ...y volverá a su hogar con la paz en el corazón...

**Calle 153 entre 27 y 28
Ciudad de Berazategui
Provincia de Buenos Aires
ARGENTINA**

Horario de visitas y atención:

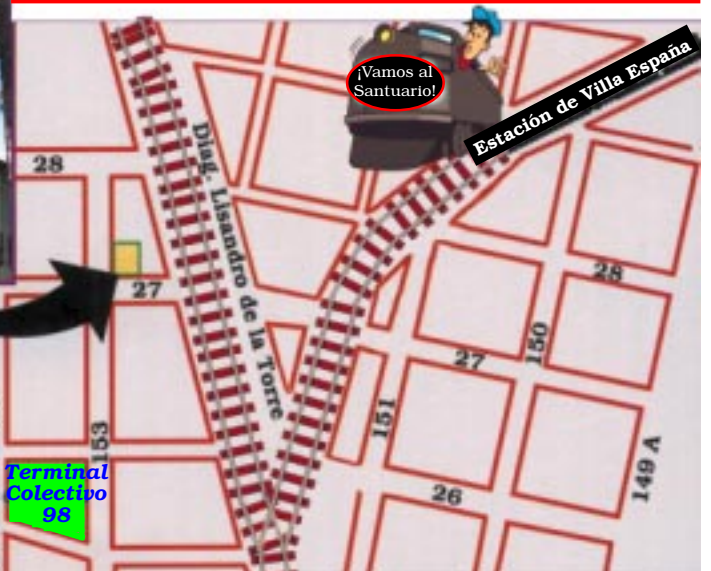
TODOS LOS DIAS DE 15:00 a 16:00 HORAS

El 13 de cada mes SOLEMNE PROCESION con la Imagen Milagrosa de "María Rosa Mystica" abierto desde las 8:00 horas

Cómo llegar al Santuario de Jesús Misericordioso



Colectivo	Ramal
98	3
98	5
219	3
603	1-M-6-7-4



¡Vamos al Santuario!

Estación de Villa España

Terminal Colectivo 98